

NINGUNA SED

*Y a él la negra nube de la muerte
le envolvió por un lado y por el otro*
Ilíada, Homero

UNO

Vuelvo para nombrarme y mis nombres fugan
a lo largo de un corredor de pájaros.

Fugan

los dioses.

Qué difícil este retorno.

La sombra del lenguaje
se tiende sobre la memoria.

La pesadumbre acechando los pasos en la isla.

Este difícil retorno, amor,
a mis desolados pasos.

La noche esparce en Aulide nuestras voces
que fueron voces algún remoto día.

La noche

clama y calla, vacía

como un cuenco que desaguamos la víspera.

Mis huesos: madera

para la quilla de una nave

encallada en la comisura de la roca.

Es difícil este retorno

de las palabras. ¿Existieron alguna vez?

¿Estuvieron entre las piedras?

Estuvieron. Sí. Dejaron sus huellas.

En los muros de Aulide

un túmulo de piedras y de huellas

para tu cuerpo ausente.

Para tus islas ausentes.

Restos que junto penosamente
mientras se asfixia una memoria lejana.

DOS

Aulide. Las noticias llegan agobiadas por
todo lo perdido. La muerte
envuelve mis pozos y mis huesos.

Lo escrito fuga apenas escrito.

Ocultan mi voz tus pasos, amor, en desbandada.

Afuera es noche a pesar de la mañana
y tengo miedo de asomarme al tiempo
a los vestigios de tanto tiempo.

Miedo de

no encontrarte. Miedo de encontrarte.

En las islas el invierno

oscurece los días con su bruma.

Adentro lentos pasos tras los pasos de una silla.

Pasos que caen muertos.

¿Quién acompaña el cortejo solitario de la anciana?

la noche, tal vez, la noche que se arrastra.

Como el cuerpo de una langosta que
buscó un día mi costado para morir.

¿Cómo llegué hasta aquí?

¿Quién tiende este silencio

a secarse entre las sombras?

¿Quién arranca con las manos

polvo de sus propios llantos?

¿Quién retorna a las islas solo como nunca?

en el cuenco de las manos

guardo el agua que beberé.

El recuerdo

de la anciana a lo largo del apagado rumor
de Aulide, guardo.

La sombra del cuerpo

penosamente apoyándose en la silla.

Los pasos lentos. Imposibles.
Tuyos.

Atrapo voces para los días oscuros.
Curo en salmuera las palabras para
los años que me ausentan.

Me desnudo lentamente
para el desgarramiento de la cópula.
Me tiendo para que recojas
con tus manos lo que reste de luz en mi piel.

Eres la última mujer que en las islas
urga mis cenizas para interrogarlas.

TRES

Me acosa la ciudad, no queda nadie.
Las voces en los lechos
duermen. Recorro el muelle y su memoria
una página en blanco.
Y sobre mis ojos
cae el silencio en garúa de sal y de cenizas.
No queda de todo este lenguaje
frase alguna.
Sobre mi sueño no arrastra su cadena
arboladura alguna.

Ya no hay nadie.

En el espejo, los últimos
habitantes de la casa
esperan que les redima un escozor de azogue.
Errante en Aulide soy.

Incierto mi
deseo, anhelo derramado, ambulo
la piel de mi nocturna soledad.
Intento retenerte

y las manos sólo abarcan

las huellas de tus aguas.
Regreso a lo que fuimos con una voz deshecha
y unos brazos
que no recogen más que sus sombríos brazos.
Desde un ayer lejano
nadie acuesta ningún signo en mí.
El abismo solamente
donde el mar sueña su oscura eternidad.
Camino la ciudad y el frío me acosa.
Las cenizas dispersas van conmigo.
Alguien se desvanece en tu mirada.
Alguien quizás se queda en ti cuando se ausenta
o retorna con cada muerte tuya.
Es la indecisa luz nuestro amor en la escritura.
Nuestras palabras
compartiendo el saqueo y los despojos.

CUATRO

El recuerdo de Aulide
murmura en los labios de los océanos.
Nos devuelve al calor de la barra
en cualquier puerto,
a sus tinieblas,
a los sabores cálidos del vino que conocimos
durante el asedio y el exilio.
(La cecina de los ganados
consumiéndose en aras de los dioses.)
Somos sombras a contraluz
ciegos granos de sombras en círculos de viento
imaginando los navíos que partieron
más allá de la ventana.
Extraviados, acodados a la mesa del café,
quién nos habrá perdido a los dos.
Quién nos recordará.
Extraño yo en el resplandor de tu ojo.
Ausente tú de mis huesos y mis años

te busco en las estaciones del mar
en los versos que se interrogan
y caen con todas sus palabras al abismo
de esta buhardilla ciega.
Qué ausencia amo y junto en estas letras
para que hablemos con silencios
atizemos el fuego de los silencios
preguntemos por los silencios
amándonos en la crueldad de los silencios,
duremos lo que dura la mezquina luz de este día.
Por qué un ir y volver sin darnos tregua
sin caminar apenas
titubeando entre los diálogos.

Desconocida la ciudad,
no encuentro lugar en ti ni acudes ni preguntas
ni reconoces las alcobas y los lechos
que nos abrigaron.

CINCO

Ronca el portón y
se abre un corredor
en cuyo fondo te abrazas con todo lo que fuimos.
Y te esfumas.
En ese tránsito de tu memoria, estoy
sin saber qué tiempo hace adentro
si aún existe tiempo
y no somos restos de alguna eternidad pasada.
Nadie cae
sin ruido.

Nadie soy. O soy el que me espera
en el infortunio de una escritura.
Me nombran no sé en qué página..

Este nudo en la garganta soy.

Aulide, la ciudad, amor,
confiada a la vigilia de los náufragos,
me acosa con espantos y llamados.
Las calles huyen
baten los restos
de sus insomnios en su fuga
y nos queda entre las manos
una vieja carta de lo que pudo ser este lugar:

El río que cruza como una sierpe
reconociendo sus aciagas huellas.

Las playas en las que confluyen
los despeñaderos y la oscuridad.

Los hoteles que buscas para un amor a prisa.

El puente que recorreremos
con un sediento, implacable afán
de encontrar el azar insomne, vagabundo.

Y el jardín de plantas
a cuyo borde te sentabas

los dioses,
a beber el vino más pobre de esta Tierra
con una carcajada descolgándose
inhóspita y bronca.

SEIS

Me deshago de los días, de los fantasmas,
de los nombres. Y solo
alcanzo a recoger las doladuras
arrancadas
a tanto escombro.

Envejecí desde entonces.
Al dolor de los huesos entretuve

abrigándolos en mi recuerdo.
Y el modo vacío de mirarlos
fue curándolos con la fuerza
intemperie de los siglos.
En la esquina del panteón
alguien se detuvo atraído
por el llanto desde algún lugar lejano de mi verso.
Por la esquina de la calle que descendí
todas las mañanas en la inútil búsqueda de los días.
Alguien pasó y no dijo. Preguntó por Aulide
como quien averigua noticias de una desdicha.
Alguien regresó a ver y no encontró
motivo.
Quiso quedarse sin reconocer con quién.
Se fue sin saber el rumbo de sus ojos.

SIETE

Me acosa el olvido de quien ya no está.
De quien no queda más que el ruido cuando
el último bajar se pierde.

Me acosa ese final de los siglos
y el desolado puente del que un día
partieron los últimos viajeros.
Huían los unos de los otros, desconociéndose
a pesar de tanta vecindad de panes.
Al poco trecho, a los que negaron sus nombres
una bandada de muertes los recogió para siempre.
(Fue en qué año tal vez
año de fornicaciones y odios.)

Aulide.

El hueso de un bajel aguarda todavía
sus cuerpos y mudanzas
abandonado al final de los embarcaderos.

(Y en la pensión te descerrajas un tiro
porque has creído que el miedo solo se va con el sueño.)

Aulide.

El navío aguarda inútilmente el próximo cargamento de
guerreros.

OCHO

Me acosa el anhelo del día.
Evoco tu rostro que agoniza
con cada lluvia y junto
todos los diálogos que tengo.
Tus risas
mis únicas prendas de morir.

Pero tú te deshaces de todos mis asedios
y no estás. Desde la entraña de la piel
te incendias y no acudo
devorado por el miedo.

Has cambiado

tanto, me dices,
que ya todo entre los dos ocurre en el pasado.

No se de quién vivo, finalmente, tantas vidas
anteriores.
Por quién me condeno a tantas muertes
y por las noches miro atentamente la oscuridad
y escucho a través de un murmullo de signos
con que llega el mar, tu voz
cae como una fina ceniza sobre el tiempo,
tu voz a través de una línea telefónica por ejemplo.

No sé por qué me desconozco
como si nunca hubiese sido habitante
de estas calles.

Como si no me supieran también
despojados de alguien.
Noche de las plazas que deambulé
llevándome conmigo
los olores, el sueño aciago de esta lluvia,
los fríos que a esta hora penan los fondeaderos.
No sé por qué cruzo la misma calle tantas veces
en la misma noche
y vuelvo y busco en las ventanas iluminadas
tantos rostros
si no conozco a nadie y tras las puertas
nadie tampoco
aguarda. Nadie en los puertos.
Nadie en Aulide.

SIETE